

Formas de cultivar la desazón*

Adrián siempre me recordaba el día en que hablé por primera vez. Fue en un viaje que hicimos en familia, yo tenía cuatro años. Antes de esa vez había hablado, pero nadie entendía lo que decía. En cambio, esa tarde parece que fui claro. Tengo hambre, dije, con mi hermano como único testigo. Tengo hambre, repetí según él, dos o tres veces, cada vez más fuerte hasta que las palabras se convirtieron en un grito.

Yo solo me acuerdo de la situación. Imágenes en cascada, capas superpuestas que fui apilando las sucesivas veces que regresé a ese día a lo largo de los años. Es increíble que vuelva continuamente a mi infancia, ese lugar que detesto. No puedo evitarlo, me atrae lo que me produce aversión, como si fuera un imán que cambia una y otra vez de polo. Atracción, repulsión. Seducción, náusea.

Habíamos salido en caravana con unos amigos de mis padres, una fila larga de motos por la ruta. Uno de los recuerdos más antiguos que puedo recobrar, y quizá el más distorsionado. No sé adónde íbamos, pero se me hace que el trayecto fue bastante largo. Martina llevaba a Adrián y Gerardo me llevaba a mí. Ni siquiera sé si usábamos cascos. Fue a mediados de los ochenta, no se tomaban tantos recaudos en esos años, o al menos mis padres no los tomaban. Paramos a comer en un lugar rodeado de árboles al costado de la ruta, había mesas y parrillas. Una tarde soleada, así se me aparece. Diez, quince, veinte motos estacionadas sobre el pasto.

Habían llevado carne para hacer en la parrilla. Mientras encendían el fuego se pusieron a tomar cerveza y vino. Adrián, yo y algún otro chico fuimos a jugar y nos alejamos bastante. Veo una remera a rayas horizontales, roja, azul y verde, que solía usar Adrián, veo un pibe rubio al que mi hermano cada tanto le pega

* Fragmento de novela homónima, aún en proceso.

un manotazo. Hasta que llegó el momento en que el hambre y la sed nos llevaron a la mesa y ahí nos encontramos con que ya todos habían comido y no quedaba más carne. Tampoco ensalada, ni siquiera pan. Nos habremos quejado, pero Martina estaba demasiado borracha como para prestarnos atención. En realidad, todos estaban borrachos. Los que no dormían discutían como discuten los borrachos, más consigo mismos que con quienes tienen enfrente.

Gerardo había ido con su moto a buscar quién sabe qué, tal vez algo para que comiéramos los chicos. Así pasó el mediodía y buena parte de la tarde, y supongo que ahí fue que pronuncié la frase. No me acuerdo qué pasó después, qué comimos y ni siquiera si comimos. Lo que sí recuerdo es que, como Martina no estaba en condiciones de manejar a la hora de volver, Gerardo la tuvo que cargar en su moto, y a mi hermano y a mí nos llevaron unos motoqueros transpirados y con olor a vino.

Adrián solía decirme que ese día, cuando me escuchó hablar con claridad, sintió un gran alivio. Hasta entonces había tenido la sospecha de que su medio hermano era también medio idiota.

*

Esos de arriba son los primeros párrafos de una novela autobiográfica que empecé a escribir hace unos años y que nunca terminé. Solo tengo unas cincuenta páginas. Ahora lo releo y me pregunto cuánto hay de verdad en eso y cuánto hay de pose, de palabras que se escapan por la costura entre la realidad y la ficción. Tampoco estoy seguro de que esa sea mi voz.

Entonces me pongo a indagar en mi memoria, a cuestionarla. No es fácil. Después de haber escrito sobre esos recuerdos, cuesta atravesar las impresiones literarias y llegar a algo al menos un poco más cercano a la realidad.

Lo que encuentro.

El momento que yo esperaba eran las curvas. En las curvas podía ver la fila interminable de motos, sentirme parte de esa manada. No era común ver una caravana de motos en las rutas argentinas de los ochenta. Me gustaba la manera en que nos miraban desde los autos que cruzábamos.

Esa es una de las pocas cosas que en verdad sé que pasó tal como la guardo en mi memoria, tal vez la única sensación que conservo de ese día que sé que es auténtica. Lo demás sospecho que lo fui recreando a partir de lo que Adrián me contaba en mi niñez.

Por ejemplo, tengo la idea de que ese día, con Adrián, otro chico y una chica, jugamos con globos de agua. Pienso en eso y veo imágenes, muy confusas, enredadas, y algo me dice que las fui añadiendo más tarde. A lo mejor se trata de agregados que monté sobre los cimientos de recuerdos reales. Creo que incluso he llegado a soñar con variaciones de este hecho. No sé, algo habrá de cierto. En todo caso, ya forma parte de mi historia, de mi vida. También somos los sueños que soñamos, las cosas que imaginamos.

La chica era mayor, quizá incluso mayor que Adrián. Pero en la versión que escribí hace

unos años ella no está. Se ve que la perdí y después la recuperé. Será que estuvo poco tiempo jugando con nosotros. En algún momento se hartó de nuestros juegos infantiles y quedamos los tres varones, ya sin globos de agua. Se habrán terminado, o tal vez no nos tentaba jugar con globos si no había una chica entre nosotros. Incluso entre niños, los juegos con agua tienen cierto matiz sexual.

No tenía cuatro años ese día. El día de los motoqueros y la parrillada que no probé tenía cinco años, y como era carnaval, puedo decir que no faltaba mucho para que cumpliera seis. Cuando estaba escribiendo la novela no me animé a poner la edad real. Cinco años para seis, para un chico que se larga a hablar por primera vez, me pareció demasiado, preferí matizarlo con cuatro. Lo real puede resultar inverosímil.

En una ocasión en que mis abuelos fueron a visitarnos a San Lorenzo, se sorprendieron de que yo, ya con tres o cuatro años, apenas hablara. O no hablara nada, no sé en realidad. Me contó Martina que mi abuela me llevó a ver a un doctor. Creía que tenía que haber algo malo, que no podía ser que a esa edad no hablara. Martina me contaba esto riéndose de su suegra, dándolo como un ejemplo de lo neurótica que era mi abuela. Parece ser que el doctor le dijo que estaba todo bien, que no había señales de un retraso del aprendizaje, que a lo sumo podía ser que hubiera sufrido un shock en mis primeros años, pero que lo más seguro era que solo fuera retraído. Le aseguró que no tardaría en empezar a hablar.

Y a partir de esta anécdota que le gustaba tanto a Martina, fueron surgiendo con el tiempo mis teorías sobre el trauma de mi niñez. Las teorías que se me han ocurrido a lo largo de los años son innumerables. Imagino que es común que sospechemos que un acontecimiento ocurrido en nuestra primera infancia pudo haber cambiado nuestro destino. La excusa por la cual todo salió mal, o al menos no como esperábamos.

*

Ese viaje en moto. La mejor época, por lejos.

Mis padres no eran personas muy sociables. Nada sociables, en realidad. Ese viaje no se volvió a repetir.

Pronto sobrevino la decadencia, Martina y Gerardo en caída libre. No recuerdo haber visto nunca más a Martina con su moto, andando por la ciudad y mucho menos en la ruta. La decadencia, sí. Ni siquiera sé qué hizo con la Honda, supongo que la vendió. Creo que una vez tuvo un problema, se quedó en el barro, se cayó, no podía levantar la moto, el barro no era buen punto de apoyo. Dudo que estuviera muy sobria. **C**